

HILARIÓN. Todavía estamos á tiempo. Hemos tratado de ver qué especie de familia es la suya... El padre ha llegado ya..., le hemos examinado, y...

PAQUITA. ¿Y bien?

HILARIÓN. ¡Es..., es un viejecillo... así!. Trae un topacio..., trae un camafeo...

PAQUITA. No entiendo...

TECLA. Ni hay necesidad de que lo entiendas. — ¡Calla, Hilarión! — Vamos, Paquita, vente conmigo. . Tengo que darte consejos. — Ven, Hilarión. — Quédate tú, Colasa, y avisa si viene alguien.

ESCENA XIII

COLASA

La señorita anda en misterios conmigo... Yo no sé si está contenta ó está triste. ¡Triste estará, por fuerza! Tener en Madrid un novio tan guapo, y dejarlo por venir aquí á casarse con otro que ni siquiera ha visto en su vida... ¡Pero calla!.. ¿Quién es aquel que anda por el jardín arrancando las flores?.. ¡Ay, qué destroz!.. (Gritando.) ¡Eh, señor..., no arranque usted!.. ¡Señor..., no arranque usted!.. Pues no deja una... ¡Ay, en viéndolo la señora!..

ESCENA XIV

COLASA, D. BERNABÉ

(Hombre de cuarenta años: robusto, colorado, de voz estentórea y doctoral, muy manoteador: vestido de negro: enorme corbata blanca, y cuello de camisa que le tapa las orejas: anteojos verdes.)

BERNABÉ. (Cargado de flores.) Cedan por hoy las flores retóricas á las que produce la próspera naturaleza, y embalsamemos con éstas el camino de la vida material.

COLASA. ¿Qué busca usted, señor?

BERNABÉ. Busco un par de ojos seductores, y ya los he hallado. (Deja las flores en la mesa.)

COLASA. ¡Vaya! ¿Y viene usted á Alcalá nada más que á buscar ojos?

BERNABÉ. ¿Esta es Alcalá? (Quitándose el sombrero.) ¡Salud á la ciudad de Alcalá de Henares, patria ilustre de Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Quijote*, del *Pérsiles*, de la *Galatea*, de *Rinconete*, y otras obras apreciables!

COLASA. (Aparte.) ¿En qué lengua habla?

BERNABÉ. Salud á la ciudad de Alcalá de Henares, antigua residencia de la universidad donde recibí *olim*, en otro tiempo, la borla de doctor *in utroque jure*, en ambos derechos.

COLASA. ¡Parece que está predicando!

BERNABÉ. Oye: ¿cómo te llamas?

COLASA. Colasa, para servir á usted.

BERNABÉ. Colasa, acaba de deslizarse por mis sentidos una idea retozona.

COLASA. ¿Cuál?

BERNABÉ. (Abriendo los brazos.) La de darte un ósculo de paz en el rostro.

COLASA. ¡Aparte usted..., vaya!.. ¡A que le cruzo la cara!

BERNABÉ. Déjate de repulgos, belleza silvestre, y permíteme pía... (Queriendo abrazarla.)

COLASA. (Huyendo.) ¡Qué se esté usted quedo!.. (Llamando.) ¡Señora ama.., señora ama!.. ¡Atrevido!.. ¡Toma! (Le da un bofetón y escapa.)

ESCENA XV

D. BERNABÉ, D. HILARIÓN

HILARIÓN. ¿Quién da voces? ¿Qué sucede?..

BERNABÉ. (Saludando con frescura.) Sr. D. Hilarión, tengo la honra de ofrecerme á la disposición de usted. — D. Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito acreditado con estudio abierto... y que por vía de episodio trataba de dar un abrazo á la doméstica que acaba de desaparecer.

HILARIÓN. ¡Pues me gusta!..

BERNABÉ. ¿Y usted será el Sr. D. Hilarión Barbadillo?

HILARIÓN. ¡Servidor de usted!

BERNABÉ. Muy señor mío. (Saludándole.) Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito...

HILARIÓN. ¡Ya lo he oído! — ¿Y podrá saber qué se le ofrece á usted por esta su casa?

BERNABÉ. Yo soy tío del joven Luisito, su futuro yerno de usted, y cuñado del Sr. D. Restituto, padre del susodicho Luisito.

HILARIÓN. Celebro mucho... (Aparte.) Pues éste, por otro estilo... — Pues ya tenemos en casa á su señor cuñado de usted.

BERNABÉ. ¿Restituto ha llegado?

HILARIÓN. Hace un momento. ¡Parece hombre extravagante!..

BERNABÉ. Algo más que eso. Es cifra y compendio de las siete plagas de Egipto.

HILARIÓN. ¿De veras?

BERNABÉ. Y el hijo ha heredado..., ya que no dinero, todos los defectos de su padre.

HILARIÓN. ¡Qué me dice usted!..

BERNABÉ. Por allí veo venir un individuo del bello sexo: ¿es la conjunta persona?

HILARIÓN. La misma.

BERNABÉ. (Saludando.) Muy señora mía.

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA TECLA

HILARIÓN. El señor es tío de Luisito.

BERNABÉ. Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito acreditado con estudio abierto.

TECLA. Muy señor mío. (Aparte.) Vamos, éste siquiera tiene otros modos.

BERNABÉ. Antes hubiera tenido el honor de personarme en esta casa habitación, á no ser por una causa criminal que me detuvo en Madrid.

HILARIÓN. ¿Criminal?

BERNABÉ. Criminal. Tres eran los acusados, y una la parte demandante: he aquí

el hecho: Hacia fines de octubre del año de gracia de 1841, pasaban tres individuos en amistoso coloquio y dados del brazo por el paseo de las afueras, vulgo ronda. Era uno de los mencionados un caballero maestrante, el otro un lego exclaustro y el tercero un fabricante de chocolate.

HILARIÓN. ¡Qué mezcolanza!

BERNABÉ. ¿Por qué? Todos los hombres son iguales, salvo las diferencias que pueda haber entre ellos. Pudiera probarle á usted el aserto con la autoridad de Quintiliano y Jorge Manrique. ¿Conoció usted á esos caballeros?

HILARIÓN. No, señor.

BERNABÉ. Uno de ellos vivió muchos años en el piso segundo de mi misma casa... ¡Digo vivió... si es vivir el vivir en una atmósfera infestada!, porque en el cuarto bajo habitaba una señora de extraordinaria longevidad..., quiero decir, de años... (tendría la edad de la señora que está presente), y...

TECLA. ¡Qué sabe usted!..

BERNABÉ. Siendo el flaco de la susodicha señora criar animales domésticos en su propio dormitorio, en cuya virtud tenía consigo cinco perros y tres gatos, total ocho cuadrúpedos, los cuales ocho habían dado en la flor de elegir la puerta de mi cuarto para... Y yo que entraba todas las noches tarde y sin luz, acontecía que subiendo la escalera... (Hace que resbala y cae.) ¡Patapuf! — De aquí nació la idea de exterminar aquel enjambre de animales usando del *speculum album*, vulgo arsénico. Yo, Sr. D. Hilarión, que no soy capaz de matar una pulga, me lancé al parricidio, bien que la ley me salva, porque fué en defensa propia.

HILARIÓN. (A su mujer.) Nos habla de treinta cosas á un tiempo. — Pero usted había empezado á contarnos...

BERNABÉ. Es verdad: había perdido el hilo. — Los tres amigos, á saber, el maestrante, el lego y el fabricante de chocolate, vieron venir frente á frente á una lavandera llamada la tía Mónica, según consta del proceso, mujer de irreprehensible conducta: pero que á la sazón venía un tanto tomada del vino. Exceso punible en el bello sexo. Y eso que Cándida, mi consorte, tía del presunto yerno de ustedes, suele dar *quandoque bonus*, alguna vez, en ese inconveniente social.

TECLA. (A su marido.) ¿Oyes eso?... ¡Su mujer se emborracha!.. ¿Qué familia es esta, señor?

BERNABÉ. Ya se lo afeo yo de cuando en cuando. Volvamos á la parte demandante. Es una mujer gorda, septuagenaria, verbigracia...

TECLA. ¿Qué va usted á decir?

BERNABÉ. Iba á poner un símil.

TECLA. (Aparte.) ¡Ya se me va acabando la paciencia!

BERNABÉ. ¡Pues señor, era hombre de talento!

HILARIÓN. ¿Quién?

BERNABÉ. Jorge Manrique.

HILARIÓN. Sí, sería... Pero con permiso de usted, hace un cuarto de hora que me estoy devanando los sesos por seguir el hilo de la historia, y me vuelvo loco.

¿Usted me habla de ese Sr. Jorge Manrique?..

BERNABÉ. Hablo de Jorge Manrique.

HILARIÓN. Bien, corriente: hablemos de Jorge Manrique.

BERNABÉ. Pues señor, los tres amigos, á saber: el maestrante, el lego y el...

HILARIÓN. ¡Otra!

BERNABÉ. ¡Fueron absueltos por unanimidad!

HILARIÓN. Pero ¿qué es lo que habían hecho?

BERNABÉ. Pues ¿no se lo he contado á usted?

HILARIÓN. No, señor: no ha dicho usted una palabra.

BERNABÉ. Ha sido una omisión; pero... (Sacando un enorme proceso.) Le leeré á usted la causa...

HILARIÓN Y TECLA. ¡No, no!

BERNABÉ. Tiene quinientas cincuenta y ocho fojas...

HILARIÓN. ¡No, por Dios!.. Si ya me acuerdo que lo contó usted.

BERNABÉ. Pues bien: fueron absueltos; ¡y era de ver cómo los tres se deshacían en ademanes de contento! ¡Era de ver cómo daban gracias á la Providencia! ¡Era de ver cómo el maestrante abrazaba al lego, el lego al chocolatero, el chocolatero al lego, el lego al maestrante, el maestrante al chocolatero y el chocolatero al maestrante!

HILARIÓN. ¡Hermoso cuadro!

TECLA. ¡Hilarión..., Hilarión!.. ¡Llévate á ese hombre!.. ¡Mira que me voy á afectar de los nervios!

HILARIÓN. Sr. D. Bernabé, dice mi mujer que si gusta usted de tomar algo...

BERNABÉ. Bien, cualquier cosa: una pechuga de..., cualquier cosa: una magra de..., cualquier cosa...

HILARIÓN. Venga usted al comedor, que allí está el Sr. D. Restituto...

BERNABÉ. No permito que usted se mueva de aquí. Voy á sorprenderle. — Señores, Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito acreditado con estudio abierto. (Saluda profundamente y se va.)

ESCENA XVII

D. HILARIÓN, DOÑA TECLA

TECLA. ¿Has visto..., has visto en el mundo hombre más hablador ni más majadero?

HILARIÓN. Pues mira, ¡á mí se me figura que no había de estar mal en papeles de barba!

TECLA. ¡Calla, Hilarión, calla, y no me hagas saltar! ¿Me ves echando chispas, y vienes á hablarme de comedias? — ¡Pues digo que la familia del tal Luisito es cosa soberana! Y aquí se van metiendo como en una posada, y pidiendo cada uno de almorzar á medida que llega.

HILARIÓN. Hasta ahora...

TECLA. Hasta ahora no van más que dos, y quién sabe los que vendrán. ¡Esto va á ser una Babilonia!

ESCENA XVIII

DICHOS, COLASA

COLASA. Señora..., señora; ahí ha llegado una mujer mayor que dice quiere verla á usted.

TECLA. ¿Una mujer mayor?

COLASA. Sí, señora; pero muy mayor, muy mayor..., ¡vaya!.., más mayor que usted.

TECLA. ¡Bestia!.. ¡Dale con las comparaciones!
 COLASA. Pues digo bien; yo qué le he de hacer si es más mayor. Usted es mayor..., pero ella es más, á lo que parece.
 HILARIÓN. ¿Y qué quiere? ¿Quién es?
 TECLA. Hilarión, ¿apostemos á que es otra de la familia?
 HILARIÓN. Mujer, si Luisito no tiene madre.
 TECLA. ¿Cómo viene vestida?
 COLASA. Viene..., así..., con un vestido... y un pañolón... Yo no he reparado.
 HILARIÓN. ¿Pero viene decente?
 COLASA. Sí, señor; ella... tapada viene...
 HILARIÓN. ¿Y la has visto llegar? ¿Viene en carruaje?
 COLASA. Yo no la he visto hasta que ha estado en el jardín, y decía, dice: «¡Ay, qué calesín!»
 TECLA. ¿Calesín?.. ¡De Madrid viene!.. ¡Es de la familia!
 COLASA. Mírela usted, mírela usted allá abajo, tomando un polvo de la caja del tío Lucas el jardinero...
 HILARIÓN. Anda, dila que entre. — (A doña Tecla.) Tecla, ¿la decimos que entre?
 TECLA. ¡Y qué se ha de hacer!
 HILARIÓN. Vamos, ¿qué haces ahí parada? ¿No te he dicho que la digas que entre?
 COLASA. ¿Se lo digo, señora?
 TECLA. Sí.
 HILARIÓN. Pues qué, ¿yo no mando aquí?
 COLASA. ¡Buena señora..., venga usted por acá .., por acá!..

ESCENA XIX

DICHOS, LA TÍA JEROMA, muy vieja y encorvada, hablando de prisa y en tono balbuciente

JEROMA. Dios guarde á ustedes; soy yo, que vengo aquí á la boda de mi Luisito, ¡hijo de mi corazón!, que le he criado á mis pechos. Y por acá no hay novedad, vaya, me alegro. El señor y la señora tan gordos y tan buenos. ¡Bendito sea Dios que nos da salud. Pues yo he tomado un calesín, que me ha traído en un abrir y cerrar de ojos, ¡y bien molida que vengo!, ¡ay!.. (Sentándose.) Pues á mi Luisico le dije, digo: mira Luisico, mira que el casarte trae muchas obligaciones. Cuatro veces he hecho yo esa maniobra y los cuatro se me han muerto uno tras otro. — Sr. D. Hilarión, ¿me da usted un polvo?
 TECLA (Aparte.) Dios me tenga de su mano.
 HILARIÓN. Tome usted, señora.
 JEROMA (Tomando.) ¡Viva usted mil años! Esto me descarga la cabeza: no tomaba yo polvo de muchacha; pero en el tercer matrimonio dí en padecer de la cabeza..., porque como mi marido era herrero...
 TECLA (Aparte.) ¡Es de la misma pinta!
 JEROMA. Y me casé con él porque había tenido que ver con un amigo suyo que tenía una tienda de géneros contramarinos, y que se condujo conmigo que ni un negro de Guinea se hubiera portado peor.
 TECLA (Aparte.) ¡Qué familia tan escandalosa!
 JEROMA. Yo soy así; me dejo llevar de mis inclinaciones. Aquello fué una debilidad, como han tenido..., como la habrá tenido quizás esa señora...

TECLA. ¡Señora, modérese usted en sus expresiones!
 JEROMA. Señora, nadie puede decir de esta agua no beberé...
 TECLA. ¡Yo no he bebido de ninguna agua!
 JEROMA. Y todos somos hijos de Adán y de Eva...
 TECLA. Y á mí no me saque usted por comparación...
 JEROMA. Y la que más y la que menos...
 HILARIÓN. ¡Niñas.., niñas..., no hay que enfadarse!
 JEROMA. Y yo les pudiera citar á ustedes señoras muy encopetadas..., que no por que una sea pobre y viva en la Morería... — ¿Me da usted un polvo?
 HILARIÓN. ¡Otro polvito!
 JEROMA. ¡Ya se me ha vuelto á cargar la cabeza!
 TECLA (Aparte.) ¿Pero de dónde ha salido esta gente?
 JEROMA. Y ustedes tienen buena traza. Me alegro que mi Luisico haya apechugado con este par de suegros, que tienen fachota de ser bonachones. ¡Y cuidado cómo me le tratan ustedes! ¡Hijo de mis entrañas! Yo no soy más que una pobre vieja, pero como él tuviera que sentir... (Dando una puñada en la barriga de don Hilarión.) por culpa de usted... (Dando en el hombro á doña Tecla.) ó por culpa de usted...
 HILARIÓN. ¡Eh..., poco á poco!
 TECLA. ¡Ay!.. ¡Ay, qué mujer!
 JEROMA. Es que quiero que sepan ustedes quién es la tía Jeroma, porque como mi Luisico va á vivir en compañía de ustedes, y yo no dejaré la ida por la venida...
 TECLA. (Aparte.) ¡Dios nos favorezca!.. ¡Esta mujer encima todo el día!
 JEROMA. ¡Pues por eso! Y todavía no hace cuatro años que dí un navajazo en la calle de la Paloma... (Saca una enorme navaja.)
 HILARIÓN. (Retirándose.) ¡Eh! ¡Alto ahí! ¡Guarde usted ese instrumento!
 TECLA. ¡Esto no es mujer!.. ¡Esto es un salteador!.. ¡Misericordia!
 HILARIÓN. Váyase usted al jardín, que allí está Luisico.
 JEROMA. Voy allá. Tiempo tengo de verle; aquí me vengo á pasar unos quince días, mientras dura el pan de la boda.
 TECLA. ¡Quince días!
 JEROMA. Conque..., que no haya novedad. ¿Por dónde se va al jardín?
 HILARIÓN. Por ahí.., por ahí.
 JEROMA. Que se queden ustedes con Dios. (Se va y vuelve.) ¡Ay! Deme usted un polvito.
 TECLA (A D. Hilarión.) Dale la caja y que se marche.
 HILARIÓN (Dándole la caja.) ¡Tome usted..., tome usted!..

ESCENA XX

D. HILARIÓN, DOÑA TECLA

TECLA. ¡Santos y santas del cielo! ¡Tengo atronados los oídos! ¡Qué granizo de palabras!.. ¡Yo voy á tener una enfermedad! ¡Y qué palabras!.. ¡Qué horrores!
 HILARIÓN. Es preciso confesar que es algo locuaz. ¡Sí, lo que es locuaz..., es locuaz! — ¿Sabes que esta, para característica, no sería?..
 TECLA. ¡Otra te pego! ¡Dale con las comedias! ¡Es un vestiglo! ¡Es una furia del infierno!

HILARIÓN. ¡La edad!.. No sería maleja á los quince...
 TECLA. ¡Calla, libertino! A los quince sería un sargentón.
 HILARIÓN. Efectivamente, su voz tiene un no sé qué de masculino..
 TECLA. Por fuerza me ha hecho aquí un cardenal. ¡Qué manos tiene!
 HILARIÓN. ¿Y por qué no le volviste?..
 TECLA. ¿Y por qué no le volviste tú?
 HILARIÓN. ¿Yo, mujer? ¿No sabes aquello de manos blancas no ofenden?
 TECLA. ¡Buena blancura te dé Dios! ¡Las tiene como un tizón!

ESCENA XXI

DICHOS, COLASA

COLASA. ¡Señora!..
 TECLA. ¡Santo Dios!.. Colasa, ¿quién ha arrancado mis flores?
 COLASA. Ese señor que vino antes.., el de las gafas..., ha hecho un destrozo en el jardín, que ya, ya.
 TECLA. ¡Dios me dé consuelo! ¡Pero señor, esto es una cuadrilla de bandidos!
 COLASA. ¡Y á mí empeñado en abrazarme!
 HILARIÓN. ¡Oh, caros parientes!
 TECLA. ¡Sí, bien caros!
 HILARIÓN. ¡Todavía no se ha hecho la boda y ya nos tratan como á suegros!
 COLASA. Señora, venía á decir á usted que está ahí un hombre que quiere verla.
 TECLA. ¿Quién es?
 COLASA. Uno de patillas.
 HILARIÓN. ¡Las señas son mortales!
 COLASA. Él tiene trazas de campesino.
 HILARIÓN. ¿Campesino?
 TECLA. ¡Ay, Dios mío! ¡Si será otro de la familia!.. Hilarión, yo no aguanto más: yo me voy.
 HILARIÓN. ¡Aguarda, mujer: no seas tan súpita! – (A Colasa.) ¿Te ha dicho quién es?
 COLASA. Dice que se llama D. Pablo.
 HILARIÓN. ¿D. Pablo?.. ¡Pues estamos adelantados! – D. Pablo el médico, ¡no puede ser!
 TECLA. ¡Si se murió el año pasado!
 HILARIÓN. Pues por eso digo que no puede ser.
 TECLA. ¡Qué sangre tan pesada tienes! (A Colasa.) Dile que entre.
 COLASA. Señor, que entre usted.

ESCENA XXII

DICHOS, D. PABLO

(Es un chalán: trae patillas grandes, pañuelo á la cabeza, levita de lienzo claro y la pipa en la boca.)

PABLO. Deo gracias. Saludo á ustedes..., y la compañía. ¿Es aquí donde diz 'que vive D. Hilarión con doña Tecla?
 HILARIÓN. Servidores de usted entrambos á dos.

TECLA. (Aparte.) ¡Uf..., esto me faltaba..., qué peste de tabaco!
 PABLO. Ustedes habrán de perdonar: aquí me soplo por señas de un sobrino político mío que se llama Luisico.
 HILARIÓN. ¡Hola! ¿Es usted pariente?
 PABLO. No, señor: soy tío político, porque mi mujer es hermana carnal de la mujer de su padre, que esté en gloria.
 HILARIÓN. ¿Que esté en gloria quién? ¿La mujer ó el padre?
 PABLO. La que se murió: la madre, que era hermana carnal de mi esposa, que esté en gloria.
 HILARIÓN. (Aparte.) ¡Y si tú estuvieras también en gloria..., qué gloria sería!
 PABLO. ¡Pues como digo, yo soy tratante en ganado caballar!.. (Poniendo la mano en el hombro de D. Hilarión.)
 HILARIÓN. (Poniéndosela también.) ¡Hola!, ¿en ganado caballar?
 PABLO. Sí, señor. Fuí á ver el caballo de mi cuñado, que se le quieren comprar para la plaza de toros, y me dijo..
 HILARIÓN. ¿El caballo?
 PABLO. ¡Ca!.. Mi cuñado..., mi cuñado... Restituto. Dice: «hombre, Pablo...» á mí me llaman Pablo para servir á ustedes: pues dice, «hombre, Pablo, puedes pegar un trote y dirte en ca los suegros á la boda de Luisico; dice, ¡nada!, allá te cueles con satisfacción, como Pedro por su casa; dice, son un par de tíos; dice, mu mansos: al suegro ya le conocerás; dice, es un viejo tordo...»
 HILARIÓN. ¡Cómo tordo!
 PABLO. Dice, y la suegra es una vejezuela..
 TECLA. ¡Qué insolencia!.. ¡Esto ya no se puede sufrir!
 PABLO. Conque ensillé el castaño, y jala, jala, jala..., aquí me vengo. Y al tanto me ofrezgo: si van ustedes por Madrid, allí tengo mi casa: hay buenas cuadras..
 HILARIÓN. ¡Hombre!..
 PABLO. Para las caballerías que ustedes lleven. (Pasando junto á doña Tecla y echándola el humo.) Usted puede ir en una mula.
 TECLA. (Tosiendo y casi ahogándose.) ¡Ja, ja!.. ¡Ay qué tabaco fuma este hombre!.. (Aparte á Hilarión.) ¡Hilarión, yo estoy mareada!.., ¡yo me voy á caer!
 PABLO. ¿Qué tiene la suegra?
 HILARIÓN. Nada..., es que..
 PABLO. Parece que se atraganta. Unos golpecitos, y verá usted... (Le da golpes en la espalda.)
 TECLA. ¡Ay..., ay..., quite usted!.. ¡Misericordia!..
 HILARIÓN. Quite usted..., si no es nada..., los nervios..
 PABLO. ¡Ah, pues también sé yo para los nervios un remedio! Mire usted: la agarra usted..., la desnuda..., y con un buen cepillo de cerda..., por todo el espinazo abajo..., firme, firme, firme... hasta que salte sangre..
 TECLA. (Aparte.) ¡Bárbaro!
 PABLO. Yo tengo experiencia..
 HILARIÓN. (Aparte.) ¡Qué bestial remedio!
 PABLO. Y á mi mujer, que esté en gloria, la frotaba yo así cuando estaba mala de los nervios.
 HILARIÓN. (Aparte.) Pues no hay que preguntar de qué mal murió.
 TECLA. ¡Ay! – (Aparte.) ¡Hilarión, yo me marchó!..
 HILARIÓN. (Aparte.) Mujer, disimula, no conozca..
 TECLA. (Aparte.) ¡Yo no puedo más!..

PABLO. Apuesto algo bueno á que la suegra se ha enfadado conmigo.
 HILARIÓN. No tal.
 PABLO. ¿A que sí?. Y ha sido por lo del remedio. ¡Vaya, pelillos á la mar!.. Venga un abrazo. (Quiere abrazarla.)
 TECLA. ¡Qué es esto!.. ¡Aparte usted!..
 PABLO. Vamos, seamos amigos.
 HILARIÓN. No, si ella no se ha enfadado...
 TECLA. ¡Quítese usted, que apesta á tabaco!..
 PABLO. ¡Que hemos de hacer las paces!
 TECLA. (Huyendo.) ¡Bien, por hechas..., por hechas!
 HILARIÓN. (Agarrándolo.) Haga usted el favor de entrar por ahí dentro... En el comedor está su cuñado, y tomará usted un trago.
 PABLO. Andando. (Éntrase dentro cantando á grito herido.)

ESCENA XXIII

D. HILARIÓN, DOÑA TECLA

TECLA. ¡Dios te confunda á ti, y á tu cuñado, y á toda la parentela! – ¡Hilarión, abre esa ventana, por Dios! ¡Que entre el aire!.. ¡Yo voy á tener una enfermedad! ¿Has visto en tu vida gente más soez ni más escandalosa?.. ¡Jesús, si no se sabe cuál es peor!
 HILARIÓN. ¿Sabes que éste, para hacer el D. Esteban de *A Madrid me vuelvo?*..
 TECLA. (Dándole un pellizco.) ¡Dale!..
 HILARIÓN. ¡Ay!
 TECLA. ¡Todavía has de hacer que me divorcie de ti!.. – Hilarión, hablemos en plata: yo no cargo con esa familia...
 HILARIÓN. Pero mujer...
 TECLA. ¡Nada, nada! A decirle corriendo á Luis que no cuente con la niña.
 HILARIÓN. Pero el pobre muchacho no tiene la culpa de que sus parientes sean...
 TECLA. Ni yo tampoco la tengo.
 HILARIÓN. Calla, que aquí viene.

ESCENA XXIV

DICHOS, D. LUIS

LUIS. Conque, señora, ¿ya ha visto usted á mi familia?
 TECLA. Sí, señor: la colección completa.
 LUIS. ¿Y qué le ha parecido á usted?
 TECLA. A mí...
 LUIS. Son buenas gentes.
 HILARIÓN. No son malejas...
 LUIS. Los modales no son muy escogidos; pero...
 TECLA. (Con empacho.) Luisito, hemos reflexionado que..., ya se ve..., Paquita es todavía muy niña, y...

HILARIÓN. Sí tal: muy niña, y...
 LUIS. Entiendo: no digan ustedes más. (Aparte.) ¡Ha surtido efecto! ¡Qué fortuna!
 – Pues señores, veo que hay repugnancia.., quizá fundada, y me retiro.

ESCENA XXV

DICHOS, COLASA, con una carta

COLASA. Señor, esta carta han traído de Madrid.
 LUIS. (Aparte.) ¡No me llega la camisa al cuerpo!
 HILARIÓN. ¡Calla!.. ¡Es del padre de Luisito!
 LUIS. ¡De mi padre!
 HILARIÓN. (Lee.) «Sr. D. Hilarión: un asunto urgente nos impide ir hoy, según le había indicado; pero mañana tendremos el gusto de abrazar á nuestra Paquita, á quien desde ahora miro como hija. Queda de usted afectísimo, etc.»
 TECLA. ¿Qué significa esto?
 HILARIÓN. ¿Qué engaño es este?
 LUIS. Sr. D. Hilarión, pido á usted que me perdone; esta ha sido una estratagema de que he sido cómplice...
 TECLA. ¡Esto más!
 HILARIÓN. ¿Conque usted se ha burlado de mí? ¿Pues quiénes son éstos? (Llegándose á la puerta del gabinete.) Señores, salgan ustedes aquí y veamos...

ESCENA XXVI

DICHOS, D. MARIANO

MARIANO. Aquí estoy de vuelta.
 HILARIÓN. ¡Usted por acá!.. Pues ¿y los parientes?.. ¡Aquí no hay nadie!
 MARIANO. Lo sabrá usted todo. Cuando llegué, vi que me tomaban ustedes por un payaso que los iba á divertir grotescamente. Esto, la verdad, me ofendió; pero me hallé también conque mi amigo Luis, sólo por el compromiso contraído con ustedes, iba á dar la mano, haciendo un duro sacrificio. Él me lo confesó, pidiéndome que le ayudase á salir del atolladero, sin faltar á su palabra. Ustedes querían que yo les hiciera una farsa; pues bien, les he improvisado una familia endemoniada.
 TECLA. ¡Cómo, Luisito! ¿Usted se casaba á disgusto?
 LUIS. Señora, su hija de usted valdrá mucho sin duda; pero yo no soy dueño de mi corazón. ¡Vi en Madrid una joven que me encantó y á quien he jurado amor eterno!..

ESCENA XXVII

DICHOS, PAQUITA

PAQUITA. Pues no olvide usted el juramento.
 LUIS. ¡Cielos! ¡Ella es! (Echándose á sus pies.)
 HILARIÓN. ¡Esta es otra!.. ¿Conque le conocías?.. ¿Conque usted la conocía?.. Conque se conocían ustedes... – ¡Vaya, vaya! – Y usted era... (A D. Mariano.)

MARIANO. (Fingiendo la voz de D. Restituto.) ¡El amante de Lolita!.. Ella me dió este cámafeo. — (La voz de D. Bernabé.) Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito acreditado, con estudio abierto.

TECLA. (Riendo.) ¡Es posible!..

HILARIÓN. ¡Y también el chalán!..

MARIANO. (Voz de D. Pablo.) Á mí me llaman Pablo, para servir á ustedes.

HILARIÓN. ¿Y la vieja?

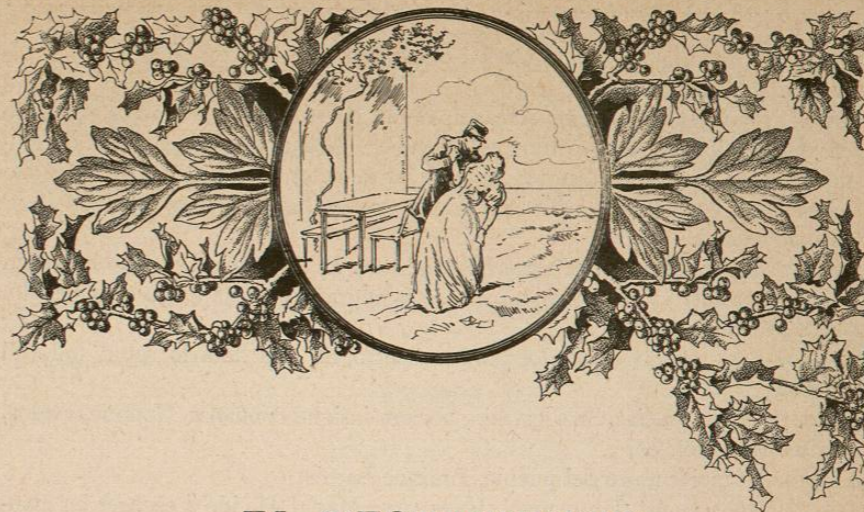
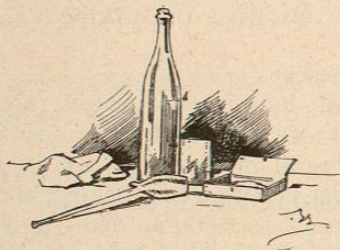
MARIANO. (Volviendo la caja, con la voz de la vieja.) D. Hilarión, tome usted un polvo.

(En su voz natural.) He concluído mi papel: he contribuído á la felicidad de Luis.

Y pido á ustedes su permiso para marchar.

HILARIÓN. No, señor; hoy come usted con nosotros. Y la primera noche que salga usted al teatro en Madrid, le ofrezco ir con mi familia á aplaudirle.

MARIANO. ¡Ay!.. (Mirando al público con temor.) ¡Dios quiera que esté por aquí la familia de D. Hilarión!



EL TESTAMENTO

DRAMA EN UN ACTO, TRADUCIDO DEL FRANCÉS

PERSONAS

ENRIQUE LARRÓS. — ROBERTO, su hermano. — GERVASIO, notario. — ISIDORO DURAND.
ESTELA, hija de Gervasio. — PARIENTES Y AMIGOS DE GERVASIO

(La escena es en un pueblo cerca de Honfleur)

ACTO ÚNICO

El teatro figura los términos de un pueblo cercano al mar. A la izquierda del actor la casa de Gervasio: delante de ella un banco de césped y una mesa. A derecha la casa de Enrique. En el fondo se ve el mar.

ESCENA PRIMERA

GERVASIO, ISIDORO

ISIDORO. Vamos, Sr. Gervasio, sin rodeos, ¿casa usted á la señorita Estela, su hija?
¿Sí ó no? Ya tiene veinticuatro años cumplidos, y me parece que es tiempo...

GERVASIO. Y tanto como que hoy mismo firmamos el contrato.

ISIDORO. Bravísimo. ¿Y usted mismo será quien lo extienda, como notario del pueblo? Pues, cuidado. Reflexionarlo bien: no vaya usted á cometer alguna torpeza; porque las torpezas de un notario traen mucha reata... y después de extendidas se acabó.

GERVASIO. Si se hubieran de extender las tuyas...

ISIDORO. Se gastaría mucho papel sellado, ¿no es verdad? Pero dígame usted. ¿Y cuál es el mozo del pueblo que elige usted por yerno?

GERVASIO. ¿Y á ti qué te importa?